

Primera parte

Al pie de la montaña blanca



PARTIR

ESTOS EXTRAÑOS ACONTECIMIENTOS sucedieron en espacio de unas horas.

El viejo rabino Salomón, sentado en la cocina de su casa, oyó una voz que le ordenaba: «¡Ve a Tulanka!». Llamó a su mujer, Raquel, pero ella no había oído nada. Creyó, pues, que había sido un sueño. Al rato, la voz resonó de nuevo: «¡Ve a Tulanka! ¡Apresúrate!». Se dijo entonces que quizá Dios había hablado con él. ¿Por qué con él? Rabí Schlomo —así lo llamaban— era un hombre con gran sentido del humor y una mente especialmente abierta, ya que pertenecía a la corriente liberal del judaísmo. Hacía cuarenta años que había abandonado Nueva York, con su esposa y sus cuatro hijos, para irse a vivir a Jerusalén. Allí estudiaba y enseñaba con entusiasmo la tradición mística del judaísmo, la Cábala, a un grupo de estudiantes judíos y no judíos. Pidió a su nieto Benjamín que buscara en Internet dónde estaba Tulanka. «Es un monasterio budista situado en el Tíbet», respondió el muchacho. El cabalista se quedó

estupefacto. «¿Por qué querrá el Eterno mandarme, a mis ochenta y dos años, al Tíbet?»

Ansyá no lograba conciliar el sueño. Salió de su yurta y contempló el cielo cuajado de estrellas. A esta joven pastora nómada le gustaba el espacio infinito del cielo y la inmensidad de las estepas de Mongolia donde había vivido casi toda su vida. Aspiró con fuerza el aire puro y volvió a entrar a la tienda de campaña donde vivía con su tía, una mujer chamán que hablaba con los espíritus. La anciana había descubierto que su nieta también tenía ese don y la había iniciado en él. La gente acudía casi diariamente a consultar a las dos mujeres. Como Ansyá era muy guapa y soltera, algunos hombres se inventaban dolores imaginarios solo por verla. Ella entonces salía de su yurta, llevaba a pastar el ganado, y ellos, desilusionados, eran atendidos por su vieja tía medio ciega. Cuando estaban realmente enfermos, Ansyá tocaba el tambor y convocaba a los espíritus para liberar los cuerpos y las almas. Bailaba hasta entrar en trance.

Ese día, había tenido una visión extraña que la había agotado. Mientras estaba curando a una joven madre, se le apareció un espíritu luminoso, indicándole con una señal que debía partir. No entendió el significado del mensaje y se lo contó a su tía que enmudeció al oír-la. Y cuando Ansyá entró en la yurta, en mitad de la noche estrellada, la anciana, sentada en su cama, le dijo: «He visto en sueños el lugar adonde debes dirigirte. Es

un monasterio tibetano en la frontera entre la China y la India. Ponte en camino de madrugada».

A miles de kilómetros de allí, el padre Pedro también tuvo un sueño. Oriundo de Salvador de Bahía, este monje católico llevaba más de veinticinco años en Oregón, Estados Unidos. Había abandonado el monasterio trapense y vivía en una humilde ermita en el bosque donde, entregado a la oración, pensaba acabar sus días. Y, de pronto, una niña en su sueño le ordenaba partir sin demora hacia un monasterio tibetano situado en la otra punta del mundo. Su corazón brasileño creía en la verdad de los sueños y en la naturaleza un tanto mágica de la existencia. Intrigado, partió para la China.

Ma Ananda, una mística hindú, dirigía una pequeña comunidad ashram en el norte de la India. Esta mujer oronda, de edad indefinida, había sido reconocida desde su niñez como una gran santa, una «liberada en esta vida». No había estudiado nunca, pero se había dedicado a enseñar a los demás.

Partió de madrugada, sin tan siquiera darse la vuelta para mirar a sus discípulos, entristecidos al verla marchar por un tiempo y a un lugar que no reveló a nadie.

El maestro Kong contó a su mujer lo que le había ocurrido. El anciano sabio chino vivía modestamente con su familia no lejos de Shangai. Dirigía un peque-

ño templo taoísta, donde pasaba la mayor parte del día sentado en el suelo sobre un cojín, enseñando los fundamentos de la sabiduría china a un grupito de discípulos, entre ellos a algunos occidentales. Sin saber muy bien por qué, se había manifestado tardíamente en él una súbita afición por la tecnología. Tenía un ordenador portátil y un teléfono móvil por satélite, y sus discípulos le habían regalado por su 75 cumpleaños un GPS de última generación, que utilizaba una o dos veces por semana para ir a un pueblo cercano, aunque se sabía el trayecto de memoria. Esa mañana, mientras lo encendía, observó con asombro que en la pantalla aparecían una latitud y una longitud. Extrañado, comprobó las coordenadas y descubrió un punto en el Tíbet. Convencido de que nadie había podido utilizar su GPS sin su permiso, consultó el *Yi-King*. El libro de los oráculos le respondió: «Conviene partir». Sin dudarlo, se despidió con un beso de su esposa, hijos y nietos, y emprendió el camino hacia el Tíbet.

Para Cheij Yusuf, fundador de una pequeña cofradía musulmana sufí de Nigeria, el viaje fue más duro. Este gigantón se había quedado petrificado al ver brillar con un extraño fulgor las letras *T, U, L, A, N, K* y *A* en la primera página del libro que estaba leyendo. En ese momento, el viento pasó las páginas de su Corán deteniéndolas en la sura de la peregrinación. Cheij Yusuf se despidió de su familia, apenado, pues hacía

poco tiempo que su esposa había dado a luz a Leila, la quinta de sus hijos. Pero la fuerza que lo empujaba a partir era enorme. No sabía qué caminos tomar, sin embargo el destino lo guió por medio de señales y encuentros fortuitos.

La que más dudó fue Gabrielle, la filósofa neerlandesa. Profesora de filosofía griega en la Universidad de Amsterdam, era una ferviente discípula de los sabios estoicos y de Spinoza, el más insigne holandés. Para esta mujer de unos cuarenta años, la sabiduría era laica, una sutil mezcla de razón e intuición, y debía servir principalmente para ayudar a vivir. Hacía algunos años que pertenecía a una logia masónica femenina, donde se dedicaba con pasión al estudio de la simbología. Esa noche no conseguía conciliar el sueño. Se levantó de madrugada, encendió el televisor y dio con un programa dedicado al budismo tibetano. Cuando apareció el monasterio de Tulanka, un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Sin saber por qué, una idea fija se adueñó de su mente: abandonar todo y dirigirse hacia aquel monasterio. Intentó olvidar esa obsesión y se tomó un somnífero. Pero, al día siguiente, se cruzó en la calle con una señora que gritaba a su perro: «¡Tulanka! ¡Al pie!». Las últimas dudas que le quedaban se disiparon. Llamó por teléfono a su ex marido para que se ocupara durante unas semanas de Natina, la hija de ambos, pero le era imposible ya que debía asistir a

un congreso en el extranjero. La hija, que había oído la conversación, suplicó a su madre que la llevara con ella al Tíbet. Empezaban las vacaciones escolares de verano y no tendría ninguna obligación durante más de seis semanas. Natina, a punto de cumplir catorce años, era una adolescente voluntariosa y con inquietudes, que soñaba con viajes a tierras lejanas. Al principio, Gabrielle se negó a que la acompañara e intentó buscar otras soluciones. Sorprendentemente, una tras otra fallaban. La filósofa dedujo con serenidad que el destino lo había decidido así. Natina se echó a los brazos de su madre: «Entonces, ¿ya está decidido? ¿Nos vamos al Tíbet?».

EL MONASTERIO

EL MONASTERIO DE TULANKA estaba encaramado en un espolón rocoso a unos cuatro mil metros de altitud y adosado a una montaña totalmente cubierta de nieve. Era imposible llegar en automóvil. A quince kilómetros había un pueblecito, con un único hotel frente a la estación de autobuses. Allí coincidieron Rabí Shlomo, la mujer chamán Ansyá, el padre Pedro, Ma Ananda, el maestro Kong, Cheij Yusuf, Gabrielle y su hija Natina, apenas una semana después de que sucedieran aquellos extraños acontecimientos.

Eran los únicos extranjeros alojados en el hotel, así que enseguida se conocieron. El que supieran inglés facilitó la comunicación. Les intrigó comprobar que todos habían sido convocados de un modo misterioso.

¿Qué estaban haciendo allí? Nadie tenía la respuesta. La manera tan insólita con que habían sido «contactados», y que además representaran las principales tradiciones filosóficas y espirituales de la humanidad, parecía indicar que el destino los había reunido por un motivo concreto. ¿Cuál?

En ese momento, llegó un viejo lama tibetano de Tulanka, acompañado por dos monjes más jóvenes, cada uno con un caballo llevado de la brida. Lama Doryé escuchó con ademán solemne el relato de los extranjeros y, a continuación, les propuso cargar sus equipajes sobre los caballos y conducirlos al monasterio.

«Estamos encantados de acompañarlo, querido amigo, pero díganos al menos la razón por la que estamos reunidos aquí», le pidió Rabí Schlomo ante la mirada aprobadora general.

El viejo lama esbozó una sonrisa.

«Yo también soñé hace tres días que debía venir a este pueblo a recoger a siete sabios extranjeros —cuatro hombres, tres mujeres y una jovencita rubia— para conducirlos al monasterio. ¿Por qué motivo? ¡Lo ignoro igual que ustedes!»

TENZIN

DADA LA AVANZADA EDAD y el cansancio de algunos de los sabios, el trayecto a Tulanka duró tres días y dos noches. En los tramos más difíciles del escarpado sendero, los caminantes se ayudaban entre ellos. Al caer la tarde de la tercera jornada, divisaron por fin el monasterio. La belleza del paisaje borró el cansancio y el mal de altura que empezaban a vencerlos. Una veintena de monjes tibetanos vivían allí bajo la autoridad de un joven lama de doce años: Tenzin Pema Rinpoché.

Según la tradición tibetana, Tenzin fue reconocido desde muy pequeño como la reencarnación del gran maestro espiritual, el anterior jefe del monasterio, Lama Tokden Rinpoché. Lama Doryé, su discípulo más cercano, había sido designado como tutor del niño. Antes de morir, Lama Tokden pidió que se formara a su sucesor en una doble cultura: tibetana y occidental. Y dejó indicaciones simbólicas en el lugar de su próximo renacimiento. A los tres años de su muerte, Lama Doryé, siguiendo esas instrucciones, encontró a quien debía reencarnar a su maestro. En pleno

invierno, habían brotado flores delante de la ventana de la humilde casa donde el futuro lama acababa de nacer, lo que intrigó a sus padres, unos sencillos campesinos. Dos años tenía el niño cuando Lama Doryé se presentó por primera vez ante su familia. Se disfrazó con la ropa de un modesto sirviente y uno de los monjes interpretó el papel de lama. El niño, sin embargo, no hizo caso alguno a los monjes, se acercó al viejo lama disfrazado de sirviente y exclamó, sonriendo: «¡Lama Tulanka, Lama Tulanka!». Luego, le quitó el rosario que el lama llevaba alrededor del cuello, que había pertenecido al antiguo jefe del monasterio, y gritó con todas sus fuerzas: «¡Mío, mío!». Lama Doryé lloró de alegría y se llevó al niño al monasterio con su familia. Conservó el nombre de Tenzin, pero le añadieron el de Pema y el título de Rinpoché, que significa «muy valioso». Tras pasar unas semanas en el monasterio, la familia regresó a su casa, dejando al niño al cuidado de los monjes. Mandaron llamar a un lama que había vivido en Canadá para que le enseñara inglés y los fundamentos de la cultura occidental. Según las instrucciones de su predecesor, el niño no fue ordenado monje, sino que recibió los votos de seglar. Al alcanzar la mayoría de edad, podría elegir entre una vida laica o una monástica. Mientras llegaba ese momento, compartía su vida con los monjes e iba vestido con una larga túnica roja y amarilla.

Desde el primer día, se reunieron al atardecer en la terraza del monasterio en presencia del adolescente. Tenzin tomó la palabra con una seguridad que asombró a sus invitados.

—Observo —dijo— que por unas misteriosas vías, el karma ha reunido aquí a ocho sabios representantes de las principales corrientes espirituales del mundo: una mujer chamán, una filósofa europea, una mística hindú, un maestro taoísta chino, un rabino cabalista judío, un monje cristiano, un maestro sufí musulmán, sin olvidar, por supuesto, a un monje budista, en la persona de Lama Doryé. —El joven lama guardó un tiempo de silencio y dirigió la mirada hacia Natina, quien lo observaba con unos ojos de un azul intenso—. Me alegro de que una joven de cabellos de oro y ojos del color del cielo os acompañe. A pesar de su juventud, ella también debe de estar dotada de una profunda sabiduría.

El dulce rostro de Natina se sonrojó. Tenzin esbozó una sonrisa y retomó el hilo de su discurso.

—Todos habéis venido libremente, siguiendo las inspiraciones que vuestros corazones recibieron, sin saber el motivo de este viaje que ha trastocado vuestras vidas. Haremos lo necesario para que vuestra estancia sea lo más grata posible en este monasterio, a pesar de su pobreza y aislamiento.

Tras un instante de silencio, el padre Pedro tomó la palabra.

—Os estamos reconocidos por la calidez de vuestra acogida, Lama Tenzin. No nos incomodará en absoluto la sencillez del lugar, sino todo lo contrario. Pero el único ruego que nos quema los labios es el de saber por qué estamos aquí y para cuánto tiempo.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo de sabios.

—Yo no sé mucho más de lo que os ha dicho Lama Doryé. No he tenido ningún sueño ni he oído voz alguna.

—No hay por qué preocuparse —añadió Ansyá, con voz delicada—. La fuerza que nos ha traído hasta aquí nos dirá qué debemos hacer.

—Por supuesto —asintió Ma Ananda—. Dejémonos guiar y ya veremos.

—Si esto va a durar un tiempo, me gustaría tener noticias de mi familia —intervino Cheij Yusuf—. ¿Hay alguna forma de comunicar con el exterior?

—¡Por desgracia, no! —respondió Lama Doryé—. No tenemos ni teléfono ni Internet. El monasterio está muy aislado, aunque nunca hemos sentido esa necesidad. Espero que hayáis avisado a vuestros familiares de que vuestra ausencia podría durar...

—Claro —dijo Gabrielle—. Pero para los que tenemos una familia, la ausencia no debería ser muy larga.

—¡No os preocupéis! —los tranquilizó el maestro Kong, con una sonrisa divertida—. Yo nunca viajo sin mi teléfono móvil por satélite y mi ordenador portátil...

Gabrielle miró con asombro al anciano que parecía llegado de otros tiempos. Seguidamente, estalló en una risa comunicativa.

—Puesto que se han solucionado los problemas de comunicación con el exterior, os propongo que vayamos a saborear nuestra famosa harina de cebada tostada, la *tsampa* —continuó Tenzin en un tono jovial.

Todos asintieron con alegría.

Nadie podía aún imaginar lo que iba a ocurrir.